

## COSAS DE GUIPÚZCOA



### BRUJAS Y BRUJERÍAS

«Las cualidades excelentes de que están dotados los guipuzcoanos no se hallan exentas de algunos defectos notables».

Así se lamentaba allí por los años de 1853 el insigne Gorosabel en un interesantísimo trabajo acerca de las falsas creencias de que era víctima parte considerable de Guipúzcoa.

Aludimos al terror que causaban al vulgo las brujas y demás mitos de parecida calaña.

Pero no solo era aquí donde causaban estragos semejantes preocupaciones. Las brujas y vampiros se hallaban en posesión de casi todos los pueblos y por eso desempeñaban *vara alta* entre aquellas pobre generaciones.

Semejante chifladura no era más que fruta de tan felices tiempos.

Un terreno abandonado, que no se cultiva, produce maleza.

Los pueblos se asemejan á las tierras. Si estas están en el abandono dan abrojos, el pueblo en la ignorancia se forja errores y desvarios.

Pero llegó el gran día, se cultivaron las inteligencias á la luz de la ilustración y ante ella rodaron las preocupaciones que atormentaron la vida de las generaciones que nos precedieron.

El país bascongado en conformidad á la moda del tiempo, sostuvo una espléndida legión de brujas; pero la de la parte basco francesa era de más rango; las brujas de Doniban ó de Socoa, tenían más poderío y penetraban donde les daba la gana. Tan es así, que los infelices naturales creían que las llevaban hasta en la camisa. Hay que leer á Mr. Michel acerca de la consternación que las brujas causaban á nuestros paisanos.

Los donostiarras, como los demás mortales, sintieron con todas sus consecuencias, el embate de las condenadas viejas.

Cuando se edificó la casa en donde se hallan hoy establecidos los juzgados (la casa de las columnas jónicas) en la plazuela de las Escuelas, que fué en 1830, los vecinos de entonces, sobre todo las muchachas y los chicos, después de la puesta del sol, ni por Dios pasaban por el lado de la actual casa del juzgado, pues desde aquella hora hasta la mañana la casa solía estar guardada por las brujas.

Cuando al toque de oración se retiraba la gente menuda y otros más crecitos á sus casas, lo primero que gritaban después de tocar con precaución y cierto temor las aldabas, era lo siguiente:

—Amacho!! saca la luz que hay brujas en la escalera!!

Las sequías, las tronadas, las pérdidas de las cosechas, etc., la causa ya se sabía, eran las brujas. Según testigos oculares éstas tenían la propiedad de volar, y todos los sábados se reunían en *akelarre* (sesión) y discutían acto seguido la orden del día.

Sobre este asunto tiene escrito un característico y curioso trabajo mi querido amigo don Serapio Múgica.

Por ejemplo: moría repentinamente algún individuo, la exclamación de las gentes era de rúbrica: *O! sorgiñak!* (Oh! las brujas!)

Sobrevenía otra calamidad cualquiera, ya estaba cierta parte del vecindario con *las demonias* en el cuerpo.

Las Juntas de la provincia tuvieron que aplicar medidas enérgicas para demostrar la sinrazón de que se hallaban dominadas algunas vecindades que atemorizadas temblaban noche y día.

Moría una criatura, y, claro, ¿dónde estaba el foco? el principio? el motivo de la muerte? el microbio? en efecto; la causa estaba en la consabida almohada; allí entre la pluma ó la lana, en forma de gallo ó de pato se hallaba la bruja, se cogía la almohada y se la daba fuego, pereciendo entre las llamas la *metamorfoseada huésped*.

Otro de los rangos ó categorías de las brujas era la *aztiya*, (adivinadora ó echadora de cartas).

No solamente acudía á ella la clase inferior de la sociedad, sino las damas más encopetadas, las cuales se dejaban timar por la *aztiya*, con la misma conformidad y convicción que la vecina del quinto.

Se trataba del amor que podía merecerse, del por qué de la falta de noticias del marido ausente, de si se llegaría á casarse tal ó cual doncella; si llegaría á ser rica, si sería feliz, por qué se sentía tristeza, idem

alegría, etc., etc., pues á solucionar á casa de la *aztiya*, y la bruja afortunada, trucha y ducha á la vez, procurando complacer con sus pronósticos, aplicaba á la parroquiiana un espléndido sablazo en conformidad á los honores de que estaba revestida *la cliente*.

Había otras viejas, mejor dicho, pululaba otra manía, de parecida preocupación á las anteriores.

Esta se llamaba *begizkoa*, (mala mirada).

Padecían un flemón, una erupción, un divieso ó cosa análoga, las criaturas de algunas madres tontas, y ya estaban achacando estas infelices el contratiempo del nene al *begizkoa del día pasado*.

Estas pobres ancianas pordioseras llevaban la culpa de muchísimos sucedidos, sin creerlo ellas mismas, afirmado así por el casero que perdió la vaca, ó por la lechera que se le cayó el cántaro del blanco líquido, consecuencia del *begizko*, en venganza de no haberle dado una limosna.

Aún hay más. Ahora entra en escena el brujo. Este se denomina: *salutadoría*.

El séptimo hijo varón de un matrimonio en sucesión no interrumpida de varones, poseía la virtud de curar la mortífera mordedura del perro hidrófobo.

Era víctima de este peligroso accidente cualquier individuo, pues al momento ya estaba en funciones *salutadoría*.

El privilegiado curandero chupaba la lesión de varias maneras, invocaba un cúmulo de palabras, y después de un nuevo y fuerte resoplido en la mordedura se acabó la rabia. Conque, adiós Pasteur, y demás doctores.

Sucedió una vez (y nada invento) que un famoso *salutadoría* fue mordido por un perro que se hallaba rabioso de verdad.

Y sucedió que este hijo séptimo murió á los cuarenta y siete días, como se puede suponer, víctima de la más horrible hidrofobia.

Esto ocurría el año 1860, y el desgraciado curandero se llamaba José Antonio Iraola.

Era la cosa más natural (entre ciertas gentes) presenciar *la pasa* de los duendes, fantasmas y *anima erratuak*.

Las mujeres y chicas donostiarras ofrecían muchas veces magníficos espectáculos.

Subían á la muralla del lado izquierdo del cubo imperial, y desde allí iban contando las *anima erratuak* (ánimas errantes) que salían del cementerio de San Martín.

Y basta ya de brujas, *sorgiñas*, *aztiyas*, *salutadores*, *ánimas*, *begizkoas* y demás coplas y aleyuas.

Hoy se da alguno que otro caso de lo que acabamos de traer á cuento. Todavía vegetan algunos simplicios de esa naturaleza, los cuales resultan la vergüenza más grande de nuestros días.

En la mayor parte de los pueblos estuvo bastante arraigada la superstición, en general en las clases privadas de educación y conocimientos, defecto, como dice muy bien un autor que nació por la ignorancia y creció por el abandono.

Las artes se han inspirado también en las brujas, y han producido obras alusivas de primer orden.

Entre otros trabajos de este estilo, son de un mérito extraordinario los dibujos de Alberto Durero, Goya y otros, en donde la gracia, el carácter y la sátira están magistralmente expuestos.

También el pueblo utilizó, como ningún bascongado ignora, el asunto de las brujas, y con ellas fundó un baile denominado *sorgin dantza* con música alusiva al acto y muy característica, que aún se celebra por la época del carnaval en muchas plazas de esta provincia.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

